

son únicas en su clase. En las visperas sicilianas fué un pueblo levantado en masa contra sus opresores extranjeros: aquí son franceses que degüellan á franceses por solo fanatismo religioso. La circunstancia de escoger la noche para consumir este acto de barbarie, dá al cuadro una tinta que le hace doblemente pavoroso (1).

Fué la matanza de San Bartolomé inmensamente popular en Francia, donde los católicos se hallaban en inmensa mayoría. Como una chispa eléctrica cundió la noticia por todos los ángulos del reino. La medida violenta tuvo eco en Meaux, en Orleans, en Senlis, en Ruan, en Tolosa, en Bayona, en otros puntos donde los católicos fanáticos imitaron la conducta de sus correligionarios de la capital. Se dijo que para esta efusion de sangre habian mediado órdenes del rey, mas no las necesita la muchedumbre cuando está ansiosa de violencias. Entre las dos religiones existia la mas encarnizada antipatia. No era el rey el motor de estas violencias, aunque despues de perpetradas se quiso dar este carácter.

En París se sancionaron del modo mas público y solemne estas matanzas. El mismo rey dijo en pleno parlamento, que se habian verificado de su orden en desagravio de la religion; palabras que fueron oidas con aplauso. La poblacion en masa de París estaba loca de entusiasmo por tan sangriento triunfo de la fé católica. Todo era fiestas de iglesia, sermones en accion de gracias, solemnes procesiones. Se celebraron juegos, se acuñaron medallas, y hasta se representaron dramas alusivos al asunto (2). La

(1) Es muy difícil leer la relacion de la matanza de San Bartolomé sin que ocurra el recuerdo de las que tuvieron lugar doscientos veinte años despues y en París mismo. Seria muy curioso un paralelo entre las jornadas de agosto de 1572, y las de setiembre de 1792.

(2) Fué el mas célebre de todos la tragedia intitulada: La muerte de Coligny, donde figuran como personajes, el Almirante, Montgomeri, el pueblo, el rey, el Consejo del rey, etc.

prensa dió á luz una muchedumbre de folletos, en que se ensalzaba la victoria de los católicos en todo género de estilos (1).

El rey de Navarra y el principe de Condé, no fueron comprendidos en la proscripcion segun convenio de antemano. Durante las matanzas se aseguraron sus personas, pero el rigor no pasó mas adelante. Sin embargo, no se les concedió la gracia de la vida sin condiciones duras, siendo una de ellas la de abjurar el calvinismo. Se les obligó, so pena de muerte, á dirigirse al Papa, suplicándole que les volviese á admitir en el seno de la Iglesia, y ademas al rey de Navarra á que expidiese un decreto prohibiendo el ejercicio del calvinismo en sus estados. Por todas partes se estableció la fórmula de adhesion á la antigua fé católica. El triunfo se cantaba por completo, y la ilusion pudo por un momento hacer creer que en Francia habia llegado el fin del calvinismo.

Dió el rey inmediatamente comunicacion de lo ocurrido en París á las potencias extranjeras con quienes estaba en relaciones; mas entre estas las habia católicas protestantes. No podia producir la matanza de San Bartolomé la misma impresion en Inglaterra, en los estados luteranos de Alemania, que en Roma y en España. Así fué muy diverso el estilo de estas piezas diplomáticas. Se dijo á los primeros que el choque habia sido uno de esos movimientos populares, que no está en mano de los gobiernos contener por la gran exaltacion de las pasiones de la muchedumbre; que los hugonotes habian entrado en un plan de conspiracion contra la autoridad del rey y las leyes del estado, proyecto que habian confesado al morir los principales jefes de la secta; que el rey, inmediatamente que tuvo lugar el asesinato del almirante, habia tomado todas las medidas para castigarle y

(1) Hay entre estos escritos uno de un título demasiado curioso para que no le mencionemos. *Passio Domini nostri Gaspardi Coligüi, secundum Bartholomeum.*

buscar al delincuente; mas que la cólera de sus amigos y correligionarios, habia hecho abortar estas medidas, por haber querido tomar la justicia por su mano; que á pesar de este suceso lamentable, no se alteraban los buenos sentimientos del rey hácia el partido calvinista, y se le dispensaria siempre proteccion segun los términos del tratado, etc. Mas lo sutil y artificioso de estas notas no podia encubrir lo que el acontecimiento tenia de cruel y espantoso, y en todos los estados protestantes no hubo mas que un grito unánime contra la alevosia del partido católico, excitada ó al menos consentida por la córte. La reina Isabel de Inglaterra manifestó quejas muy amargas, á que no pudo satisfacer toda la astucia y sutileza de la reina madre.

Con los estados católicos fué el lenguaje muy diverso. En sus comunicaciones se felicitaba el rey de una ocurrencia que habia purgado el pais de la heregia, dándose por promotor de un acto en que estaba marcada la mano de la divina Providencia, etc., etc.

De que la noticia de la matanza de San Bartolomé causó una impresion muy agradable en el ánimo del rey de España, dan testimonio las cartas de felicitacion que escribió sobre ello á Carlos IX, á la reina Catalina de Médicis; y la embajada extraordinaria que con este motivo envió con instrucciones particulares al marqués de Ayamonte, encargado de esta mision para visitar al rey, á la reina, al duque de Guisa, al de Anjou, á los principales personajes que pasaban por promotores de los asesinatos. Cualquiera que comprenda el odio y el horror profesado por el rey de España á los hereges, concebirá tambien que veía la mano de la Providencia en una medida que se podia considerar como un castigo de sus crímenes. No olvidemos que tales eran los sentimientos dominantes en la Europa. Las sectas religiosas se odiaban, se rechazaban mutuamente, y sea por intereses de ambicion mundana, sea por puro fanatismo, ó por las dos cosas reunidas, ninguna se creia segura y dominante sin la destruccion de su con-

traria. Felipe II, que veía con tanto disgusto el favor de que en la córte de Francia gozaban los calvinistas tan estrechamente aliados con los rebeldes de Flandes, debió de regocijarse en alto grado con una novedad que sin duda iba á restablecer en aquellos paises su preponderancia.

Fué en Roma donde la noticia de las matanzas de San Bartolomé excitó mas entusiasmo. El cardenal de Lorena, que residia á la sazón en la ciudad eterna, gratificó con mil escudos al correo extraordinario que, ganando horas, le llevó las nuevas. Celebró y aplaudió solemnemente el pontífice la hazaña en pleno consistorio. Hubo con este motivo regocijos públicos, misas solemnes, pomposas procesiones, vistosos juegos de artificio. Se mostraron los franceses residentes en aquella capital arrebatados de alegría. Aún se vé en la capilla Sixtina un cuadro con que se consignaron á la memoria y edificacion de la posteridad tantos horrores.

Cambiaron las matanzas de San Bartolomé la política de Francia. Bajo la influencia de los calvinistas se pensaba en alianzas de familia con la reina Isabel de Inglaterra, en dar una mano protectora á los Países-Bajos, en formar una especie de liga con los príncipes protestantes del imperio, en una ruptura con España, etc., etc. Tales eran, á lo menos, los planes de Coligny, en que se imaginaba entraria de buena fé Carlos IX. Mas cualquiera que fuesen las verdaderas intenciones de la córte, la separó este acontecimiento de las del norte, y la volvió de nuevo á la influencia de la política de España. Sin embargo, no convenia á Catalina de Médicis romper con los estados de Alemania, estándose negociando entonces el nombramiento del duque de Anjou para el trono vacante de Polonia.

Mas los calvinistas no se hallaban todos en París cuando las matanzas. Habia recibido el calvinismo un golpe atroz, mas no estaba exterminado. Por mucho que sea el furor y la embriaguez de un partido dominan-

te al dictar medidas de rigor, jamás son tales que corten de una vez todas las cabezas de la hidra. Lo que hicieron aquellos asesinatos, fue marcar con mas distincion y con color de sangre la línea divisoria de ambos campos.

Adquirió el calvinismo nueva energía con tan tremendo golpe. Si se intimidaron algunos, trataron los mas de vender caras sus vidas y repeler la fuerza con la fuerza. Los últimos edictos del consejo, proscribian el calvinismo como culto público, mas le toleraban como opinion; y la córte, á quien no eran desconocidos los sentimientos de los disidentes, trató de sosegarlos, dando las órdenes mas estrictas á los gobernadores de provincia, á fin de que no se exasperasen. Mas los calvinistas no se pagaron de estas suaves medidas, y como gente escarmentada y tan vivamente resentida, trataron de hacerse fuertes en los puntos donde realmente dominaban. En el Languedoc, en los Cevennes, en el Vivares, en el Delfinado corrieron á las armas. Fortificaron y repararon las plazas de Sancerre, de Nimes, de Sousmieres y otras de importancia. En Normandía tambien hubo movimientos sérios. Los católicos volvieron asimismo á armarse, de modo que en vez de concluir con el calvinismo la matanza de San Bartolomé, no hizo mas que encender de nuevo los horrores de la guerra.

Era la Rochela el punto fuerte, el baluarte por excelencia, una especie de capital del partido calvinista. Allí se reunieron sus principales medios de defensa, y se prepararon para una obstinada resistencia. Pensó sériamente la córte de Francia en poner sitio formal á esta plaza fuerte, y nombró al duque de Anjou, al vencedor de Montoncourt y de Jarnac para el mando de la fuerza asediadora. Se hicieron aprestos de hombres, de artillería, de víveres y de municiones. Se alistaron extranjeros, y Catalina de Médicis imploró los auxilios de España y de Saboya para el triunfo de la santa causa. Hizo donativos al clero, y las municipalidades acudieron con su contingente. Para dar mas aparato á la empresa, se

exigió que el rey de Navarra y el príncipe de Condé acompañasen al duque de Anjou, sacrificio al que los dos se resignaron.

Fueron muy grandes los preparativos del sitio; pero mayor la resistencia de los rocheleses. Aquí y en Sancerre hicieron prodigios de valor los calvinistas, resueltos á sepultarse bajo los muros de la plaza. Comenzó á introducirse en el campo de los católicos el desaliento, y no era el duque de Anjou, el vencedor de Jarnac y Montoncourt en el campo del asedio. Continuaba éste con sucesos varios, cuando llegó al general en jefe la noticia de su exaltacion al trono de Polonia, vacante por la muerte de Segismundo Augusto, último príncipe de la raza de los Jajelones.

Ya antes de la matanza de San Bartolomé habian comenzado las negociaciones para la elevacion del duque de Anjou, y que la reina Catalina llevaba adelante con su sagacidad acostumbrada. Eran varios los aspirantes á esta dignidad, y entre ellos el archiduque Ernesto, hijo del emperador Maximiliano. Mas la reina madre se sirvió de agentes hábiles, que esparcieron el dinero, hicieron mil promesas, exageraron el poder y la grandeza de la córte de Francia, y sobre todo, supieron sacar partido de la fama militar del duque de Anjou, tan á propósito para ponerse al frente de los polacos en sus guerras con los moscovitas y los turcos. La noticia del acontecimiento de París atrasó mucho las negociaciones, habiendo sido acusado el duque de Anjou de haberse puesto á la cabeza de los asesinos. Mas nuevas sumas de dinero, nuevas promesas, nuevas concesiones allanaron estas dificultades, y el 7 de junio de 1573 fué elegido y proclamado Enrique de Valois monarca de Polonia.

Era la reina Catalina una persona de gran habilidad, de mucha astucia, nacida sin duda para tiempo de intrigas, de revueltas y de convulsiones. Ya la hemos visto en las crisis mas difíciles desenredarse de mil obstáculos, y salir airosa de entre muchas inquietudes. Los asesinatos

de París, que la libraron de ciertos cuidados, la crearon otros nuevos. Si los intereses de la religion la ligaban á la España, otros la hacian contemporizar con la Inglaterra, con los principes protestantes de Alemania. Mientras con el primero empleaba un lenguaje, hasta de jactancia, al darle comunicacion de lo ocurrido el dia de San Bartolomé, se excusaba del hecho, atribuyéndole á imprudencias de otros, dirigiéndose á los segundos. La Inglaterra podia dañar muchísimo á la Francia, protegiendo desembarcos, y enviando bajo de mano armas y municiones á los calvinistas que se habian alzado en Normandía. Tenian en su mano los principes de Alemania el lanzar contra Francia sus reitres y lansquenetes. (1) La Suiza tambien se mostraba indignada con la matanza de sus correligionarios. Fulminaban anatemas los pulpitos de Ginebra, y aunque ya Calvino no existia, estaba representado por el famoso Teodoro Beza y otros mas apóstoles de la doctrina. No fué pues poca la astucia y la fortuna de Catalina el haber conjurado todas estas tempestades, mientras aspiraba y trabajaba por tener el honor de ser madre de dos reyes.

Aceptó la corona de Polonia Enrique de Valois, y dejó el sitio de la Rochela, que tan poca gloria le proporcionaba. En su tránsito y estancia en París fué objeto de festejos y populares regocijos. Con repugnancia dejaba su pais, para trasladarse á uno agreste como la Polonia, y además tenia la inquietud de perder el derecho á la corona de Francia, en caso de morir sin hijos el rey Carlos. Mas éste dispuso sus temores declarándole su sucesor, en caso de verificarse la ocurrencia, como sucedió en efecto.

Seguia mientras tanto la resistencia de los de la Rochela y de Sancerre; ni los alzados en el Languedoc, en Vivarais, en Nimes, daban mas muestras de querer su-

(1) Soldados ó sirvientes del pais; de *land*, tierra y *knecht*, sirviente ó soldado.

jetarse al yugo con que los amenazaban los católicos. Se habia abatido algo en estos el fuego fanático que animaba á las turbas de París, como sucede á toda agitacion violenta que cede poco á poco á la mano de los tiempos. Entre los católicos ardientes y los calvinistas de igual temple, se habia creado un partido medio, ansioso por conciliar los dos extremos. Produjo este estado de cosas otra pacificacion, si no tan lata como la de 1570, derogatoria de las medidas severas que se habian tomado cuando el triunfo de Agosto. Por el nuevo decreto se mandaba sobreseer en toda causa que se hubiese instruido con motivo de dichos acontecimientos; se concedia el libre ejercicio de la religion reformada á las ciudades de la Rochela, Montauban y Nimes, y á los demás calvinistas del reino libertad absoluta de conciencia, la celebracion de los sacramentos á su manera, sin poder reunirse mas de diez, á excepcion de París y dos leguas en contorno, dándose además permiso á los calvinistas que quisiesen salir del reino, de vender sus bienes y de arreglar definitivamente sus negocios sin coaccion y sin violencias.

Era esta la tercera pacificacion entre el partido católico y protestante, que no fué ni mas sincera ni de mas duracion que las anteriores. Era imposible una amalgama de sectas; lo era mucho mas la de los intereses, de poder y de engrandecimiento, que se habian creado en sentidos tan opuestos. No quedaron contentos los católicos exaltados, y mucho menos los calvinistas, que todavía no habian dejado las armas de la mano. El tercer partido que se habia pronunciado en favor de la pacificacion, fué el primero que rompió los lazos de la buena inteligencia. Se unieron sus jefes con los principales calvinistas contra el partido de la córte, y su plan era nada menos que trastornar el orden de la sucesion de la corona, anulando la declaracion del rey á favor del rey de Polonia, sustituyendo á éste su hermano el duque de Alençon, ahora de Anjou, por la nueva dignidad de que aquel se hallaba

revestido. Adoptó este partido en parte los planes de Coligny, contrarios á los intereses de la España, y era su idea enlazar al mismo duque de Alençon con la reina de Inglaterra, dándole además el protectorado de los Países-Bajos. Era pues la cabeza, al menos nominal, de la conspiración el duque de Anjou, y entraban en ella el rey de Navarra, el príncipe de Condé, el mariscal de Montmorency, el de Danville, el de Cosseins y otros principales. El principal blanco de sus tiros era la reina madre, cuya influencia en los consejos del rey trataban de destruir por siempre. Fué concebido y tramado este plan durante el viaje de la corte, cuando salió á despedir hasta la frontera al rey de Polonia, y se aplazó la ejecución á su regreso, debiendo consistir ésta en apoderarse de la persona del rey y de su madre, y hacer firmar al primero los decretos que dejasen realizados sus designios. Era un plan muy parecido al famoso de la conspiración de Amboise, y lo mismo que él fué descubierta. La corte que estaba en San German se trasladó precipitadamente á París, poniéndose bajo la protección de la capital, de cuya adhesión tenía tantas pruebas. Se procedió á la prisión de los principales cómplices; de los mariscales ya dichos, á excepción del de Danville, que estaba á la sazón mandando en Languedoc; se escribió á todos los gobernadores de provincia encargándoles la vigilancia, y por principal medida se adoptó la captura del duque de Anjou y del rey de Navarra, no habiendo alcanzado este rigor al príncipe de Condé, que previno el golpe por medio de la fuga.

Ocurrió durante estas nuevas turbulencias la muerte de Carlos IX en lo más florido de su juventud, habiendo estragado su constitución ya débil de suyo con violentos ejercicios y todo género de excesos. Ya daba síntomas de su cercano fin, cuando la partida de su hermano, á quien la reina Catalina dió á entender que no sería su ausencia larga. Había tenido esta hábil princesa la precaución de asegurarse la regencia por una disposición del príncipe

moribundo, quien dió esta última prueba de la ciega adhesión y deferencia que tuvo siempre hacia su madre.

Como todo personaje que vive en medio de revueltas y facciones, fué Carlos IX muy diversamente juzgado por los católicos y los calvinistas. Se encarnizaron éstos contra su memoria, haciéndole pasar por un hombre atroz, por un Neron, por un tigre sediento de furores y venganzas. Aseguran que en su última enfermedad le salió la sangre por los poros, y que murió lleno de espanto y de terror, con las visiones sangrientas que le recordaban sus atrocidades. Los católicos sintieron muchísimo su muerte, y de esto daban testimonio los sermones, los folletos, las elegías que con este motivo vieron la luz pública. Se puede suponer muy bien, que si Carlos IX mereció el odio encarnizado de los unos, no fué digno de las alabanzas de los últimos. Fué un príncipe común, educado en las ideas y principios de su siglo, violento en su carácter, extremado en sus diversiones y sus gustos, á quien no faltaba cierta capacidad y aquella instrucción que usaban los hombres de su clase. Por lo demás no tuvo nunca una firme voluntad en materias de gobierno, dejándose llevar en todo de los consejos é influencia de su madre. Hasta qué punto fué cruel y tomó parte activa en la matanza de San Bartolomé, no se sabe aún de un modo auténtico. Mas la historia nos dice que dos días después paseó las calles de París cubiertas de cadáveres, con aire de triunfo, como dándose por autor de tanto asesinato, y que insultó los restos ensangrentados de Coligny, á quien cuatro días antes había dado el título de padre.